



Sin título, 2004, Rogelio Valenzuela Colomo

Los pactos de hoy

Adán Echeverría*

Había agotado sus amistades en la red social. Los días se iban como los granos de reloj de arena. Su mujer aún despertaba sonriente, y apuraba un beso en el entrecejo de su hombre, que fingía una caricia para evadir la continua turbación. El Instituto no concluía su engranaje burocrático, y el cheque prometido como inicio de su beca no llegaba, dejándolo sin dinero para solventar las deudas. Por eso recurrió a sus contactos de la red social, con quienes tenía una profunda vergüenza como para volver a pedirles otro préstamo.

Al primer mes de no llegar su pago, escribió claro y sencillo a todos los que siempre le ponían *Me gusta* a sus publicaciones. Consideró el perfil de cada uno de sus contactos: los médicos tienen dinero siempre, los abogados, los que trabajan en universidades que saben cómo funciona esto de la burocracia académica. Ellos entenderían. Pero en quienes más creyó que podían tenderle la mano, se disculparon: mi carro se ha averiado, el esposo de mi hermana la abandonó y tengo que hacerme cargo de mis sobrinos. Todo para decir que no po-

dían apoyarlo. Y aquellos en los que menos confianza tuvo, extendieron de inmediato un cheque: cuando puedas y tengas me lo devuelves.

El problema había sido resuelto para ese primer mes; para el segundo, usó a otros contactos con el mismo resultado, fue apoyado por las personas en las que menos confianza tenía. Esos dos primeros meses logró enviar el dinero requerido para la manutención de sus hijos. Pero ahora se acercaba de nuevo la quincena y la situación era la misma. Su mujer no podía ayudarlo más, aunque quisiera, el dinero que ella cobraba sólo les alcanzaba para comer, y quizá para cubrir la renta del apartamento, pero no para enviar a los niños.

La desesperación lo situaba al borde del suicidio: no hay nada peor que tener hijos y no tener los medios para sacarlos adelante. Ningún trabajo podrá compensar la deuda que ahora tengo, y si la beca se sigue atrasando, ¿dónde conseguiré el dinero?



Sin título, 2008, Rogelio Valenzuela Colomo

Su mujer tampoco encontraba más solución que seguir esperando el pago de la beca, aunque con los meses se agudizara el atraso, intentaba reanimarlo: Mis tíos también lo padecieron. Tu ex esposa lo entenderá.

Sé que tiene que entenderlo, y que buscará cómo resolver la situación, pero el sentimiento de ser un miserable no me abandona. No es consuelo. La burocracia es un terrible monstruo que nos mastica a su antojo. De qué sirven los estudios, si unos administradores seguirán tratándonos como mendigos.

Acompañó a su mujer hasta la oficina. Ella se despidió de él con un beso, cerró la puerta, muy despacio, pidiéndole que trate de estar mejor, con la esperanza de verlo al concluir el día de trabajo.

No fue sino hasta llegar a la esquina, cuando aquel hombre se le presentó delante, que pudo percatarse que ya lo había visto a las afueras del trabajo de su mujer; lo recordó arreglándose las uñas, como esperando a alguien. Como esperándolo a él, para seguir sus pasos hasta el paradero del autobús. El hombre le ofreció un cigarro. Él lo aceptó, y permitió que le acercara la lumbre del encendedor.

— Usted disculpará que le haya seguido esta cuadra, le vi dejar a su mujer en la oficina, y como yo iba saliendo, no pude evitar escuchar que anda en apuros económicos.

— Si se trata de un préstamo, o de una tarjeta, olvídalo, estoy en el buró de crédito.

— Mis servicios van más allá, amigo. Tengo la

posibilidad de ofrecerle un trato, que le evitará para siempre volver a pensar en cómo conseguir dinero.

Estaba harto, pero no quiso ser grosero. Continuamente había personas que se le acercaban a ofrecerle todo tipo de negocios, donde “no hay nada de inversión”, y que resultan en un total fraude. Pero en aquella esquina pasaba el autobús que lo llevaría a la universidad, y había aceptado el cigarrillo, así que no había forma de evadir la plática.

— Dígame.

— Usted anda necesitado de recursos económicos y yo puedo entregarle ahora mismo una suma suficiente como para que usted deje de preocuparse por enviar dinero a sus hijos; le ofrezco igual el efectivo suficiente para que liquide las deudas que hasta ahora haya contraído. Sólo tenemos que firmar un contrato —y extrajo del bolsillo unos papeles doblados, y un estuche donde bien pudo contener un lapicero, una aguja o una navaja—, está en que usted se decida, mi amigo.

— No entiendo muy bien, usted no me conoce, apenas ha escuchado parte de la plática con mi mujer al dejarla en su oficina, y ¿ahora me ofrece dinero para solventar mis deudas?

— Y una mensualidad suficiente para que no tenga que volver a contraerlas.

— Pero yo tengo una beca, sólo que aún no me la pagan. Y eso implica un compromiso de tiempo, no puedo trabajar en otra cosa por ahora.

— Conmigo no necesita usted dejar esa beca, y



Sin título, 2011, Rogelio Valenzuela Colomo

las actividades que desarrolla.

— ¿Entonces me dará dinero sin que yo tenga que dar nada?

— Claro que no, amigo, siempre hay algo que dar en todo contrato.

— Pero usted no me ha dicho ¿qué es lo que quiere de mi?, y encima dijo que no necesito darle mi trabajo, ni dedicarle tiempo, del que tampoco dispongo. ¿Qué es entonces lo que tengo que ofrecerle?

Aquel hombre lo miró con extrema fijeza. El autobús paró junto a ellos, abrió la puerta para invitarlo a subir, pero aquel individuo lo retuvo poniendo la mano con los papeles sobre su pecho, mientras miraba al chofer con tal profundidad que le hizo cerrarla de nuevo y marcharse.

— Siempre hay algo que usted puede proporcionarme, le repito.

Dio un paso atrás para que el hombre retirara la mano de su pecho, y para mirarle de cuerpo entero. El humo del tabaco creaba apenas un pequeño neblinaje detrás del cual pudo ver al hombre que le ofrecía el trato; no había nada distinto en él, de todas las personas con las que a diario se topaba, y fue cuando supo que estaba frente al Diablo.

Aquellas historias que siempre le habían parecido mitos referentes a la codicia, a la avaricia de la sociedad, a esa forma de conseguir dinero fácil

entregando... el alma, vinieron a su mente. Se sabía un hombre creyente. Dio una fumada larga a su cigarro, para luego lanzarlo al piso, sin dejar de ver el rostro sonriente de aquel hombre.

— Quiere que leamos el contrato, para que usted lo firme. En este preciso instante usted puede olvidarse de todos sus problemas económicos. Sólo decídase.

— No puedo hacerlo. Por más pobreza que ahora padezca, nada será tan terrible como para que yo le entregue mi alma al Diablo.

— ¿Alma? Pero de qué diablos está usted hablando. Yo lo que quiero es que me entregue a su mujer. Tengo una casa de citas. Recibirá el dinero de inmediato, sólo firme este contrato, y nosotros nos encargaremos de ella. Usted no podrá verla más, pero mes a mes le llegará dinero a su cuenta de banco. Este contrato lo compromete a usted como a nosotros. Si usted dice algo, cae también. A ella la trataremos adecuadamente, nadie va a lastimarla o a matarla. Pero si no quiere aceptar, pues no ha pasado nada. Usted no sabe siquiera quien soy yo.

— Es usted peor que el Diablo... —y el autobús arrancó.

*Doctor en Ciencias Marinas por Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional, Unidad Mérida (CINVESTAV). Escritor y Editor.

Fecha de recepción: 2016-04-19
Fecha de aceptación: 2017-02-26